

“GACETA MÉDICA DE MÉXICO”

T. XI. 5a. serie. 1916. pág. 363.



Miguel Francisco Jiménez

SABIO MEDICO MEXICANO

CRONICA

Homenaje al sabio médico mexicano Miguel Francisco Jiménez.—La ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA resolvió, en la sesión del 13 de octubre de 1915, que fuera el sabio clínico Miguel Francisco Jiménez el médico cuyo retrato debe figurar, como justo homenaje a un hombre ilustre, en el salón de conferencias de la Universidad Popular Mexicana, para atender a la invitación que este importante centro educativo formuló con el loable propósito de que se rindiera admiración a algún médico distinguido. (1)

Con tal motivo, en el local de dicha institución hubo de verificarse, el domingo 24 de septiembre de 1916, una ceremonia que presidió en representación de la Academia, el Sr. Dr. D. Eduardo Licéaga. La ceremonia de que se trata se desarrolló bajo la invitación y programa siguientes:

"México, 20 de septiembre de 1916.—El Rector de la Universidad Popular Mexicana se complace en invitar a usted y a su estimable familia a la festividad literario-musical que se efectuará el domingo 24 de los corrientes, a las diez de la mañana en la Casa de la Institución (1ª de Aztecas núm. 5), para colocar en la Sala de Conferencias, el retrato del ilustre médico D. Miguel Francisco Jiménez, obsequiado a la Universidad por la Academia Nacional de Medicina."

PROGRAMA.

- I. Hejre Katty HUBAY
Violín; Sr. Francisco Salgado; acompañado en el piano por el Sr. Miguel F. Sámano, P. U. P. M.
- II Elogio de D. Miguel Francisco Jiménez, por el señor doctor D. José Terrés, de la Academia N. de Medicina.
- III. Pieza de piano.
Sr. Enrique Aguirre.
- IV. "Aguilas y Estrellas" DAVALOS
Recitación: Sr. Fernando Romano.
- V "Andrea Chénier. Racconto..... GIORDANO
Canto: Srta. Concepción Carrasco; acompañada en el piano por el Sr. Arturo M. Benítez.
- VI. Lectura del Discurso pronunciado por D. Francisco F. Jiménez, al inaugurar su cátedra de Clínica.
- VII. Variaciones CORELLI
Violín: Sr. Francisco Salgado; acompañado en el piano por el Sr. Miguel F. Sámano, P. U. P. M.
- VII Colocación del retrato de D. Miguel F. Jiménez.

Publicamos a continuación el interesantísimo discurso leído por el Sr. doctor D. José Terrés, que fué el académico elegido para hacer el elogio de Jiménez

(1) Véase la página 147.

SEÑORES:

A invitación del Rector de esta Universidad diputó la Academia N. de Medicina al Dr. Nicolás León, para que en representación de ella, en la ceremonia que en este momento se realiza, expusiese datos históricos y un juicio crítico sobre la vida y obras del Dr. Miguel F. Jiménez, designado por dicha sociedad como médico mexicano más acreedor a que su retrato figure en este salón.

Desgraciadamente una enfermedad, si leve, penosa, estorbó a ese estimable académico la terminación de su trabajo, harto avanzado ya, y entonces fui designado para substituirle.

A pesar de que con exquisita amabilidad el estimado consocio puso a mi disposición los apuntes que había hecho y aun los primeros párrafos de su oración ya bien formados, la diferencia harto notable de aptitudes en todo, y singularmente en trabajos de la índole del actual, y el no haber podido consagrar a tan noble y útil tarea el tiempo necesario para llevarla a feliz remate, tiempo que sin duda le habría dedicado el Dr. León, hacen que esta Universidad pierda mucho en el trueque de representantes de la Academia, y el nombre y gloria del cuerpo médico mexicano pierda más; pero afortunadamente el perjuicio será transitorio, pues abrigó la esperanza de que al recobrar la salud el Dr. León, reparará las omisiones y corregirá los yerros de su substituto.

Las notas de dicho señor, las que existen en la oración fúnebre del Dr. Gabino Barrera, y constancias del archivo de la Escuela N. de Medicina, son las fuentes donde he bebido los principales pormenores de la biografía del clínico, cuyos escritos se hallan sembrados en varios folletos y periódicos de Medicina, y de cuya vida hay aún testigos de vista.

Siéntome levantado sobre el nivel de los acontecimientos de la vida vulgar, de sobra tristes y depresivos, al contemplar a través de los años la figura de Jiménez, y olvidando por un momento los sucesos posteriores a su muerte, se me antoja, en deleitoso ensueño, que la era de progreso médico, tan brillantemente iniciada por él, continuó avanzando sin tregua y creciendo y prodigando bienes a la humanidad. Es de observación vulgar que al parar la atención en un hombre superior o en un descubrimiento prodigioso, se siente uno henchido de orgullo, como si en algo hubiese contribuido a formarlos o por herencia o de otra suerte le tocase parte de la gloria conquistada por ellos. Quizá por eso, tal vez por afán de buscar alivio a los ingentes dolores del momento, siquiera dirigiendo la mirada a remoto y borroso pasado, se siente mi espíritu como en oasis al referir aquí, aunque en bosquejo, quién fue y qué hizo Miguel Francisco Jiménez.

Nació en Amozoc, Estado de Puebla, y el acta de su bautizo, lograda por el Dr. Nicolás León, dice a la letra: "En esta Igle^a Parroq^l de Amozoc a once de Obre. de mil ochosientos trese yo D: Pedro Sierra ten^o de Cura Bautise solem^{te} puse Oleo a Crisma aun Inf^o de un día a qⁿ puse p^r nombre José Mg^l Fran^{co} de la Luz, hijo de D. Vicente Ximénez Valiente y de D. M^a Teresa García Españoles de Este Pueblo fueron Padrinos D. Mu^l Serrano y D^a M^a Mu^a Santiestevan Vecinos de Este Pueblo y les adbertí su Oblgⁿ y Paren^{co} Esp^l y lo firme. Pedro Jose de la Sierra Una rúbrica. Al margen || José Mig^l Francisco de la Luz || Españ^o || Cav^o."

Recibió de su padre la enseñanza primaria e hizo su epifanía escolar en Tax-

co, donde principió el estudio del latín, que continuó en Toluca y acabó en el Seminario Conciliar de México. En 1833 "ni pensaba en dedicarse al estudio de la Medicina", según él mismo lo hizo constar en el análisis de la observación VI de su folleto sobre la fiebre petequial, y a pesar de ello ingresó en 1834 al Establecimiento de Ciencias Médicas, que acababa de ser creado por acuerdo del Presidente Interino de la Nación, Dr. Valentín Gómez Farías, y el 6 de septiembre de 1838 obtenía el título de Médico Cirujano, primer recompensa a sus afanes. Mes y medio después fue nombrado agregado de la Escuela y por ello sirvió interinamente la clase de Anatomía, a cargo del Dr. Manuel Andrade, y en julio de 1839 la de Patología Interna, substituyendo al Dr. Villa, hasta 1841, en que ocupó el puesto de Prosector, por un nombramiento expedido en virtud de haberse separado temporalmente el Dr. Rendón, presumo que obligado a ello por el Director de la Escuela, el cual nombramiento a la letra decía: "Dirección de Ciencias Médicas ||El buen celo que ha manifestado V. en favor de la enseñanza médica, me obliga a suplicar a V. se sirva admitir el encargo de suplente de la prosección de Anatomía, en lugar de D. Salvador Rendón, cuyos trabajos deberán comenzar el día de hoy|| Dios y libertad, M^o Diciembre 18 de 1840||Casimiro Liceaga||Rúbrica."

El día 15 de marzo de 41 volvió a ser nombrado agregado y dos días después prestó juramento ante la junta de profesores del Establecimiento.

En 1845 fue designado para suplir temporalmente al profesor de Clínica Interna, por enfermedad de éste, que poco había servido el puesto. A fines de 1849 obtuvo por oposición la plaza de profesor de Patología Interna, vacante por fallecimiento del Dr. Francisco Vértiz. Fueron jueces, designados por sorteo, como profesores del Establecimiento, a lo que consta en el libro de actas de juntas, los DD. Luis Hidalgo Carpio, Ignacio Torres, José M. Vértiz y Leopoldo Río de la Loza, a menudo mencionado en los documentos de esa época con el apellido de Rioloza. Obtenido el nombramiento de Profesor de Patología, juró con tal carácter en junta de profesores el día 3 de enero de 1850; pero de contado fue leída por el Srío. del Establecimiento, Dr. Rafael Lucio, una solicitud que a la letra decía: "Proponemos permutar nuestras Cátedras respectivas conforme al artículo 18 de la ley orgánica||Jiménez|| F^{co} Rodríguez Puebla." Y habiendo sido aceptada por unanimidad esta proposición, Jiménez obtuvo en realidad la plaza de Clínica, que desde 1833 había estado a cargo de Rodríguez Puebla, y éste quedó encargado de la Patología, asignatura sobre la cual principió a escribir y publicar una obra.

En la Clínica permaneció Jiménez hasta principios de 1876, salvo una interrupción de meses, en que fue substituído por Francisco Brasetti, su adjunto por oposición. El abandono temporal de la cátedra fue motivado por negarse el clínico a protestar cumplir las Leyes de Reforma; pero volvió a su puesto por acuerdo especial del Presidente de la República.

El suceso se presta a comentarios delicados cuanto difíciles de hacer con serenidad, casi imposible en asuntos políticos y menos aún en épocas de excitación; comentarios que me abstengo de intentar, a pesar de que llega mi jactancia al grado de creer que son impotentes las pasiones para torcer mi criterio en acontecimientos de la índole del referido. Sólo, sí, referiré, para suministrar materiales a juiciosa crítica, que Jiménez fué imperialista decidido y formó parte de la Junta de Notables, la cual sirvió de Consejo a Maximiliano; y fue partidario del Imperio porque, a lo que consta en carta dirigida al Lic. José María Iglesias, te-

nía "fe de que podría fundarse un orden que realmente aceptado por todos, acabara para siempre con la eterna anarquía que nos consume." Auxilió a Maximiliano como gobernante, y como médico hizo, según la carta citada, lo que exigía de él una amistad honrosa, el lustre de su profesión y el buen nombre de México.

El 2 de abril del citado 76 sucumbió el notable médico. En el propio año fallecieron Leopoldo Río de la Loza, Luis Muñoz y José M. Vértiz; es decir: se borró toda una constelación en el cielo del saber.

En su cátedra del Hospital de S. Andrés; en su sala de S. Juan de Dios, en la cual desde 1842 principió a estudiar a fondo el tabardillo, acopiando observaciones, y en el vasto campo de su policlínica, fue donde más beneficios otorgó a los enfermos y a la enseñanza, aun cuando no fueron pocos ni de escasa monta los que hizo prodigando sus conocimientos en las numerosas sociedades a que perteneció, tales como la Academia de Medicina, en la que figuró desde 1840, la Sociedad Humboldt, la Médica de Beneficencia, la Filoiátrica, la Pedro Escobedo y otras, y tampoco fueron de desdeñar los servicios que, hombre laborioso, inteligente y honrado, prestó en puestos como el de Secretario de la Escuela de Medicina.

Sorprende un poco que siendo de exterior áspero, según lo pintan (máximamente el Dr. Eduardo Licéaga al historiar, en estilo enigmático, en 1884, la primera época de la Sociedad Fraternal, la cual, a la postre se amparó bajo el nombre del ilustre hijo de Amozoc), haya sido el médico de más clientela de su época, ya que se advierte que no es el saber ni la rectitud de costumbres lo que más pronto y llanamente conduce a la fama, sino medios harto distintos de esos y de sobra conocidos y utilizados por quienes están muy lejos de ser los Jiménez de la actualidad. Tal suceso es de imposible solución para mí, pues es tan atribuible a mérito de la sociedad mexicana de esa época, menguado cuando no perdido por el tiempo, la cual sociedad sabría en ese supuesto conocer, utilizar y premiar las buenas prendas, cuanto imputable a merecimiento muy más grande del médico que logró, por su excelsa calidad, imponerse a una agrupación poco dispuesta a distinguir lo que vale de lo que reluce, y la cual se deja dominar, como las inocentes alondras a que tanto aludió Charcort en sus lecciones, por unos pedazos de vidrio que se mueven sin cesar, o como los abúlicos hipnotizables, por cualquier osado que les aturde con el bombo.

Si las gentes todas o por lo menos las que presumen de ilustradas, hartas de embaidores que en Medicina y en Política y en todo, viven a expensas del candor y credulidad ajenos, se ocupasen de catar el positivo valor moral e intelectual de quienes se presentan como amigos o protectores de la sociedad; si no permitieran a su mente adormecerse por el tenaz ruido de la garrulería disparatada y absurda de tanto charlatán en perpetuo acecho de víctimas, muy otro sería el estado de nuestra nación y quizás habrían prosperado más Jiménez, frustrados u ocultos por mortal depresivo desdén o vitanda injusticia.

El clínico mexicano no sólo fue notable por su saber, sino positivamente beneficioso a su familia, a sus amigos, a sus discípulos y a la humanidad, por su honrada conducta, su altruísmo sin ostentación y su tenaz y bien dirigida labor, gran parte de la cual, aunque no la principal, puede ser conocida ahora con exactitud, sin adulteración proveniente de ignorancia o pasiones, porque la dejó con signada en escritos publicados y corregidos por él mismo; los cuales han menester

de cotejo con los conocimientos de la época en que fueron concebidos, para ser justipreciados con acierto. También se requiere para ello tomar en cuenta la tardanza y escasez con que los descubrimientos de otros países llegaban al nuestro, lo que contribuía al atraso de la mayoría, a la par que levantaba a las excepciones.

Para adquirir idea de esto puede citarse el suceso, referido a menudo por el doctor Rafael Lucio a sus discípulos, de que por haber él comprado en París y traído a México un constrictor de Chassaignac, monopolizó, por decirlo así, durante varios años, el tratamiento quirúrgico de las hemorroides, entonces sólo realizado con tal instrumento, que ningún otro médico poseía aquí.

Mirados con tales luces los trabajos de Jiménez, es decir, teniendo en cuenta el medio en que vivía, le forman tan primososa peana, le agigantan y encumbran tanto, que nos le hacen admirar como hombre inconcusamente superior; pero hay más todavía: es que aun sin juzgarle con arreglo a las circunstancias de la época, poniéndole colocado en la actual, resultaría acreedor a profundo respeto y entusiasta admiración.

Basta, para persuadirse, examinar con atención algunos de sus trabajos, y a fin de no ser sobrado prolijo, voy a ocuparme únicamente, y de modo somero, de dos, que constituyen par homogéneo, a pesar de que no falta quien, opinando a la ligera, juzgue a uno de ellos poco agraciado hijo de la mente de ese maestro. Aludo a los "Apuntes para la historia de la fiebre petequial que reina en México", y al estudio "Sobre la identidad de las fiebres", y voy a atreverme, desafiado crítico, a exponer aquí algo de lo que he pensado acerca de ellos.

Criado Jiménez a pechos de una lógica escolástica y formal, educado en el Seminario y empapado en las doctrinas y métodos de ese plantel, es en sumo grado asombroso que estribase sus opiniones principalmente en la observación, y educase sus sentidos y espíritu de suerte de hacerla lo más completa y exacta posible.

Para descubrir las uniformidades de coexistencia y las de sucesión de la fiebre endémica de México, el único camino que atinadamente se debía seguir exigía abastarse de copiosas observaciones, correctamente hechas; analizarlas con esmero y serenidad; ver lo que había de común en todas ellas, o en la mayor parte, y crear así la unidad abstracta, que confrontada por sus caracteres esenciales con las formadas en otros lugares y dadas como modelos de fiebre tifoidea y tifo exantemático, pondría de manifiesto los parecidos tanto como las desigualdades, de los tres padecimientos, y conduciría así a la conclusión de la identidad o, al contrario, y en tal caso su separación en Patología.

A ese fin reunió el maestro de Clínica, para su primera síntesis, ciento treinta y dos observaciones personales, y tuvo en cuenta también trece publicadas por el Dr. Jecker; unas referentes a las manifestaciones puramente clínicas y otras abarcando el estudio de las lesiones.

Lejos de presumir haber descubierto la verdad, y distinguiéndose de quienes observando poco y sólo en un conjunto de circunstancias generalizan sus buenas o malas conclusiones, afirmó: "No será extraño que en lo sucesivo disminuyan las diferencias que tengo anotadas, porque nuevos hechos, nuevas formas o aspectos no sin ejemplo, que revista el mal, nuevas constituciones médicas como diría Sydenham, acerquen, por decirlo así, nuestro tabardillo a las fiebres tifoideas." Y le sobró razón al aseverar que hallaría nuevas formas clínicas, variedades o as

pectos del tabardillo, alargando su observación, pues es de los padecimientos que varían más de enfermo a enfermo y de epidemia a epidemia: así Jiménez casi no halló esfacelos, y ni simples gangrenas, salvo ligeras escaras de decúbito, pues sólo un caso de esfacelo relató y eso en nota agregada a su folleto, por referirse a hecho posterior a su redacción, el cual caso vio por habérselo mostrado especialmente el Dr. Ladislao de la Pascua; y sin embargo sabía el profesor que en las epidemias de 1835 a 38 fue frecuente esa terrible complicación. Él sin duda no advirtió flebitis, supuesto que no las citó, y a veces son relativamente comunes, como en la exacerbación de endemia en que estamos todavía, aunque en alguna remisión, y que probablemente se recrudecerá desde octubre; él además sabía, al menos al escribir su segundo folleto, lo que suelen ignorar los médicos de ahora, y es que el tifo exantemático europeo se manifiesta con aspectos en sumo grado desiguales: hecho de que después volveré a ocuparme.

Empeñado en completar y ratificar o rectificar sus inferencias, continuó inquiriendo y sustentó su segundo opúsculo, el titulado: "Sobre la identidad de las fiebres," con más de trescientas observaciones de tabardillo, el conocimiento personal de la fiebre tifoidea en Europa y el estudio cuidadoso de escritos de los más conspicuos clínicos europeos. A pesar de creer haber encontrado un buen tratamiento de la dolencia, pues sólo había perdido 13 enfermos en 132 al acabar su primera memoria, la terminó, hombre honrado y verdadero clínico, que llamaba la atención sobre sus fracasos, con una nota en la cual, tras relatar la muerte, para él penosísima, de dos personas, se produjo así: "En uno y otro caso se puso en planta con toda escrupulosidad, el método mismo que tan bien me ha probado, y en uno y otro mis esfuerzos fueron vanos. Sirva esto de prueba de la ninguna seguridad que pueda fundarse en el plan mejor combinado, para todos los casos en que se aplica."

Aquí está en sazón referir que el maridaje de su honradez con su cabal educación intelectual, le solía llevar a insistir de sobra en realzar sus fracasos, y, según refieren sus discípulos, fue en su cátedra consecuente con estas palabras consignadas en su lección inaugural: "un buen suceso envanece, un error obliga a ver con más cuidado."

Jiménez recogió sus observaciones con hartos pormenores, y apenas hay que lamentar la omisión en ellas del estudio o, tal vez, más bien, el olvido de consignar las condiciones de vida y de costumbres de las personas, tan útiles de conocer para aclarar la etiología cuanto explicar determinados síntomas y dar signos pronósticos.

Asevero que fue más bien supresión al relatar que al pesquisar las circunstancias en que estaban los tabardillos, porque al inferir las causas de la dolencia se menciona el resultado de tal indagación, provechosísimo aun ahora, y así, por ejemplo, se asegura lo que después ha seguido ratificando la verdadera observación, o sea que "es tan común la fiebre en personas miserables como en la clase media y elevada;" "que no es contagiosa en la estricta acepción de la palabra," es decir, por contacto directo con un enfermo; que (palabras casi textuales de su escrito sobre la fiebre petequiral, al hablar de etiología) jamás vio que los enfermos admitidos en los hospitales comunicasen su tabardillo a los vecinos, siendo de saber que en la época en que se dedicó especialmente al estudio de ese mal llegó a reunir a un tiempo en su hospital hasta diez atabardillados (y apenas hay que recordar que entonces los hospitales y sus asilados estaban muy sucios y con

sobrados insectos); y que a veces se contrae la afección "ya asistiendo con *asiduidad* en los lugares ocupados por enfermos de fiebre, ya habitando ciertas localidades malsanas," todo lo cual constituye motivos de sobra poderosos para dudar de la influencia terrible y preponderante del piojo como transmisor, y negar la exclusiva, a la que tanto se adhieren por moda o apatía intelectual quienes no se afanan en catar las pruebas de un aserto y ménos en ver los hechos con ojos propios, sino lo suelen efectuar a través de los lentes puestos por escritor extranjero.

Si Jiménez no hubiese olvidado referir los resultados de su atinada observación de las circunstancias en que vivía cada atabardillado, él, que ejercitaba tanto la clínica nosocomial como la policlínica; él, que curaba con el propio esmero al rico que al pobre, nos habría probado que a igualdad de médico es el tabardillo harto más grave en las clases acomodadas que en los proletarios, y muy más en los que laboran psíquicamente que en quienes trabajan con los músculos, y nos habría ahorrado desilusiones de tratamientos fantásticamente utilísimos, que sólo gozan en su abono haber sido realizados en hospitales en donde a veces hasta se olvidan de dar medicina a los pacientes.

Los múltiples pormenores que estudió el clínico mexicano en los atabardillados, le permitieron adquirir idea cabal del aspecto y curso normales de la dolencia entre nosotros, y llegar a concluir que no corresponden a los de fiebre tifoidea ni a los del tifo exantemático que suele describirse en los libros europeos. Percibió claramente las diferencias y semejanzas entre los tres padecimientos, juzgados en abstracto, y al advertir que nuestra fiebre endémica, aunque más parecida al tifo exantemático de ultramar que a la dotienteria, difiere de él, se produjo así: "Mas como el tabardillo ofrece incuestionablemente una fisonomía tan propia y peculiar, yo querría que continuásemos dándole aquel nombre, que tan bien lo caracteriza en nuestro país, y que tiene además la ventaja de no preocupar el ánimo en lo más mínimo, para la resolución ulterior de las graves cuestiones que entraña la pleretología."

Empero si las diferencias condujeron a Jiménez a sostener la separación de las tres fiebres, no perdió de vista ni un momento las semejanzas y, por hallarlas grandes, dejó un momento el terreno de la observación, se aventuró en el de la hipótesis, y dijo: "No consistiendo las diferencias que separan a las fiebres mencionadas: tabardillo, fiebre tifoidea, tifo; sino en el grado, en la frecuencia, en el más o menos de los caracteres que hacen de ellas un grupo tan natural y bien definido y permaneciendo en todas fundamentalmente la misma substancia de «afección febril ataxodinámica con estupor, delirio, sordera, epistaxis, fuliginosidades de la boca, erupción de ronchas papulosas o de petequias o de sudamina o de todas a la vez; cuya marcha gradual más ordinaria puede encerrarse en dos o tres septenarios, que liquida la sangre y cuya determinación, o mejor dicho, cuyos caracteres anatómicos más constantes están en la última porción del intestino delgado, en las placas de Peyer y en los folículos aislados»; siendo esto, repito, el fondo común de las tres afecciones, debo inferir que son un mismo mal, únicamente distintas en grado, o por modalidades que probablemente se originan de circunstancias geográficas, del clima, de los hábitos y de las condiciones locales o accidentes en medio de los que se desarrollan."

Se ve; pues, que, observador sesudo, lejos de alardear de ser lo que ahora, no sé por qué, torcidamente se llama un práctico, por serlo de veras no desdeñaba las concepciones teóricas, y en vez de atenerse, como un exalumno suyo, después pro-

fesor de Clínica, y otros de igual índole, a *estudiar solamente en el libro siempre abierto de la naturaleza* (sic), no se apartaba de los libros, de aquellos en que se consignan los descubrimientos e ideas de los demás investigadores, de aquellos en que se enseña que el hombre de positivo mérito no ha de circunscribirse a ver, necesita meditar, y no esquivará las hipótesis ni las especulaciones ni los conocimientos teóricos.

En esos libros aprendió Jiménez que en varios aquejados de tifo exantemático se hallaron en Europa diferencias claras en las lesiones; fácil es, aun cuando no lo relató con precisión, que asimismo advirtiese desemejanzas en las condiciones generadoras, síntomas y curso, porque las hay, y grandes, y todo ello haya cooperado a la creación de su teoría.

Tal diversidad en las manifestaciones, no sólo entre nuestro tabardillo y el tifo exantemático europeo, sino de los casos de éste, según los individuos atacados, los lugares y las epidemias, obliga a aceptar desigualdad en las causas, considerando así no sólo a la que prepondera, si alguna resalta, sino al conjunto de antecedentes que contribuyen a la producción del efecto o sea la dolencia. Mas eso ciertamente no excluye que actúe en los tres el mismo agente, y tan posible es que haya uno o más motivos comunes a padecimientos distintos, como causas diferentes en dolencias de igual aspecto.

Si ahora no se toma como principal elemento de clasificación de las enfermedades en Clínica, la causa dominante, sino las manifestaciones, menos se hacía hace tres cuartos de siglo, porque la etiología estaba mucho más atrasada que en la actualidad. No se dividen primero los padecimientos en procedentes de frío, del alcohol, del microbio de Eberth, etc., y se subdividen según las lesiones y síntomas; y por eso no se reúnen en un capítulo, en Patología Descriptiva o Especial, la faringitis de neumococos, la meningitis y la peritonitis de microbios de Fränkel, v. gr., y se alejan de las otras faringitis, meningitis y peritonitis; o se agrupan y confunden con un solo nombre las que se igualan por el germen predominante y se diferencian en síntomas y lesiones; al contrario: se admiten por separado las faringitis, las meningitis, las peritonitis, las pleuritis, la neumonía, etc., y sólo como subdivisión se acepta la causa y se distinguen las variedades de pleuritis tuberculosa, cancerosa, estreptocócica y otras. Exclusivamente en los casos en que ni los síntomas ni las lesiones bastan para separar un padecimiento, se echa mano del agente real o aparente, y así se han creado la neumococia, la estafilococia, y sus análogas; las cuales, como se ve con sobrada claridad, son igualmente especies de un género constituido por enfermedades sin localización perceptible, ni evolución ni síntomas fijos; es decir: se han previamente separado de ella las dolencias de manifestaciones suficientes para ser individuadas.

A las veces casi ha coincidido la enfermedad abstracta constituida por las manifestaciones patológicas y la existencia de una sola causa o, más bien, conjunto de antecedentes en que realza un mismo agente; tal sucede en las dolencias específicas; pero ni en ellas hay siempre perfecto concierto en la unidad anatómica y sintomática con la etiológica, lo que se explica porque jamás una enfermedad procede de un solo motivo, sino de la reunión de múltiples circunstancias y causas determinantes, cada una de las cuales actúa en grado variable de un caso a otro. En Patología General puede seguirse otra conducta, porque las conveniencias de la ciencia abstracta son harto diversas de las del arte.

Antes de 1880 no se había descubierto el bacilo de Eberth y, por consiguien-

te, fuera de las consideraciones precedentes y otras, había como potísima razón para no tomar las causas como base primera de clasificación clínica, la del desconocimiento de los principales motivos de las tres fiebres citadas, y por consecuencia los pensadores, para opinar que las fiebres eran distintas o no, tenían que apoyarse únicamente en sus parecidos y sus caracteres distintivos de síntomas y lesiones. Jiménez, analizando con tino, halló semejanzas y diferencias, juzgó las primeras más esenciales que las segundas, y obró en consecuencia con lógica al concluir que probablemente las tres fiebres son especies de un mismo género.

Por lo demás, no hay que engañarse con que ahora tenemos resuelto en totalidad el problema, pues allende de ignorar mucho de las causas, sobre todo de los tifos o, si se quiere, del tifo, suele haber confusión en la mente de los médicos acerca de lo que positivamente se ha indagado, aun respecto a la dotieneria.

Ésta no tiene como único y decisivo atributo esencial el bacilo de Eberth; no está constituida sólo por él; y así como dicho microbio es causa de otras dolencias (angiocolitis, gastritis llamadas embarazos gástricos, meningitis, tireoiditis, etc.), así hay dotienerias, es decir, fiebres con síntomas iguales y lesiones intestinales idénticas a las engendradas por bacilos de Eberth y, sin embargo, que no proceden de él, sino de otro, singularmente del paracolibacilo B, impropriamente llamado paratífico B.

Tocante al tifo exantemático, apenas acaba de escucharse la afirmación, menesterosa de amplia y eficaz prueba, de que ha de confundirse con él y cesar como unidad nosológica independiente, la enfermedad de Brill; todavía quedan en pie las múltiples diferencias señaladas en las clínicas de Graves, en la obra de Kelsch sobre las enfermedades epidémicas, en los escritos de muchos médicos mexicanos y en otros numerosos artículos, acerca de las condiciones en que nace, y, sobre todo, aun subsisten las desemejanzas señaladas por Jiménez y otros mexicanos, entre nuestro tabardillo y el tifo irlandés descrito por Murchison, Grisolle, Stewart y otros, las cuales no han escapado a los observadores de ultramar y obligaron a Murchison a escribir esto: "Se ha descrito el tifo en México, en la América Central y en la del Sur; pero ninguna de las descripciones que yo he leído permite concluir que la enfermedad fuera el tifo verdadero y que no se tratara más bien de las fiebres habituales a estos países, fiebre tifoidea y remitente adinámicas."

De todo ello se colige que el proceder de Jiménez, de otear semejanzas y diferencias de las manifestaciones de las tres fiebres y basar en ellas sus hipotéticas opiniones sobre su relación, sin confundir jamás lo cierto con lo dudoso, los hechos con las teorías, grandes encomios merece, y contrasta con el proceder de algunos médicos de hogafío, que sin examen y precipitadamente tomaron como inconcusas las aseveraciones sobre el papel de agente transmisor único y siempre eficaz, del piojo, y el de causa primera de acción exclusiva y conocida aun en sus más mínimos detalles, del microbio de Plotz, y todo ello lo aseveraron para nuestro tabardillo, con seguridad igual, si no mayor, de la que suministra la positiva y acertada experiencia.

En México son acogidas con deleite todas las aseveraciones faltas de prueba, y así como en los sucesos vulgares de la vida se asegura algo únicamente porque se oyó decir, en Medicina se creyó a pie juntillas que nuestra fiebre remitente era palustre, porque alguien lo dijo; posteriormente y porque se leyeron unos trabajos del soñador Bouchard, que nada tenían que ver con esa remitente, trocáronse las opiniones y se aseguró que era infección intestinal, y a la postre, porque una pequeña

agrupación de médicos amigos afirmó que es fiebre tifoidea anormal, se extendió, cual mancha de aceite, la peregrina idea, que como carácter culminante tenía el de que lo anormal es normal.

Aceptar sin pruebas bastantes un aserío, y aun contra las probabilidades de certeza, no excluye la posibilidad de atinar por casualidad, y no es imposible que así resulte cierta alguna de las copiosas aseveraciones sobre la trasmisión del tabardillo, por las pulgas, las chinches, los moscos, los piojos, el aire espirado, el mo-co, etc., etc.; pero hacer eso no es proceder cual hombre de ciencia. Jiménez sí lo era; lo puso de manifiesto al emprender el estudio del tabardillo. En eso se nos muestra digno de admiración, y no desmerece si se examina lo que hizo al estudiar otros asuntos, mayormente las hepatitis supuratorias y la oclusión intestinal, llamada entonces embolía intestinal, en cuyo tratamiento encontró algo demasiado útil para la variedad de coprostasis simple. Y aun cuando al leer otras de sus observaciones clínicas y abstracciones apoyadas en ellas, verdaderos capítulos de Patología, no se le ve tan encumbrado, siempre se advierte en ellas al observador discreto y al razonador de buen criterio.

Ubérrima inteligencia; fanal de esplendente irisada luz que propendió sin tregua a iluminar los múltiples tenebrosos ostugos del camino que recorre el médico; espíritu opimo de verdadero amor a los demás, que se manifestaba en suministrarles directamente positivo bien y en derramar saber y buen ejemplo para que otros le imitasen, todo acabó el 2 de abril de 1876. La muerte, ese acontecimiento tan natural como las fases de la luna o la precipitación de la lluvia; ese suceso que por impulso casi irresistible se personifica en un ser inexorable, malévolo en grado inconcebible; eso que arrebató los seres más buenos, los más nobles, los más inteligentes, los más queridos, a la par, cuando no de preferencia, a los inútiles y a los viles; eso que a veces con un golpe mata tanto a los que deja vivos como a los que se lleva, extinguió la vida de Jiménez, aunque no pudo destruir con él los bienes que había prodigado, ni todas sus enseñanzas, monumentos de saber y recto criterio, que debemos admirar y utilizar.

Después de colocado el retrato del sabio, el Sr. Dr. D. Samuel García, Presidente de la ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, dijo: que consideraba como grata coincidencia el haber tenido que asistir en dos ocasiones a la Universidad Popular Mexicana en nombre de la Academia de Medicina: una para honrar la memoria de Pasteur, la otra para loar a Jiménez. Pasteur, agregó, es una gloria del mundo, Jiménez una gloria de México. Si Jiménez hubiera nacido y vivido en Francia, en Inglaterra, en Italia, sería gloria universal; pero nació en México y es sólo para nosotros una gloria de nuestra patria. Esta es la única diferencia entre Pasteur y Jiménez. Debemos nosotros los mexicanos pensar en esto para que, deponiendo rencillas y odios que nos dividen, dedicarnos al trabajo, y procurando el progreso de la patria sepamos glorificar a nuestros hombres buenos y darles el puesto que les corresponde en la humanidad.

A esta bella festividad concurrieron los académicos siguientes:

Manuel S. Soriano, Eduardo Licéaga, José Terrés, Samuel García, Francisco Bulman, Genaro Escalona, Jesús E. Monjarás, Luis Troconis Alcalá, Ricardo E. Cicero y Everardo Landa.

También estuvo presente el Rector de la Universidad Popular, Sr. doctor Alfonso Pruneda.

Sesion solemne.—El día 1º de octubre, conforme a una prescripción reglamentaria, celebró la ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA la sesión inaugural del año social de 1916 a 1917, según la invitación y programa siguientes:

“En nombre de la Academia Nacional de Medicina tenemos a honra invitar a usted a la sesión solemne que, para inaugurar su LIII año de trabajos, verificará dicha Corporación, conforme al programa adjunto, el día 1º de octubre próximo, a las siete de la noche, en su salón de sesiones, situado en la 4ª calle de Bolívar núm. 43, bajo la presidencia del C. Rector de la Universidad Nacional, señor Lic. D. José Natividad Macías.—México, septiembre de 1916.—*Samuel García.*—*Everardo Landa.*—*Emilio F. Montaña.*—*Ricardo E. Cicero.*”

“PROGRAMA.

“I. Reseña de los trabajos efectuados por la Academia en el año de 1915 a 1916, por el primer Secretario Sr. Dr. D. Francisco Bulman.

“II. Discurso de clausura del año académico por el Presidente Sr. Doctor D. Samuel García.

“III. El C. Rector de la Universidad Nacional declarará inaugurado el año Académico de 1916 a 1917.

“ECONÓMICO.

Elección de los funcionarios siguientes: Vicepresidente, segundo Secretario y tres miembros propietarios y tres suplentes de la Comisión de Estilo.”

Las elecciones tuvieron por resultado el que se indica en seguida:

VICEPRESIDENTE: Dr. Juan Velázquez Uriarte.

SEGUNDO SECRETARIO: Dr. Fernando Ocaranza.

COMISIÓN DE ESTILO:

Propietarios: Dr. Jesús González Urueña,

Dr. Rosendo Amor E.

Dr. Enrique O. Aragón.

Suplentes: Dr. Daniel Vergara Lope.

Dr. Ricardo E. Cicero.

Dr. Gonzalo Castañeda.

Director de la Facultad de Medicina.—En junio del año en curso fué nombrado para desempeñar este importante, honroso y delicado puesto el apreciable Sr. Dr. D. Rosendo Amor E.

Nuevos Académicos.—Los concursos convocados con el fin de cubrir algu-

nas de las plazas vacantes en la ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, dieron en trada en esta Corporación a los estimables médicos y farmacéutico que mencionamos en esta nota.

DR. FERNANDO OCARANZA.



Nació el Dr. Ocaranza en la ciudad de México el día 30 de mayo de 1876; hizo sus estudios preparatorios en el Instituto Científico y Literario del Estado de México, y sustentó examen general de Médico Cirujano, después de los estudios profesionales que efectuó en la Escuela Nacional de Medicina, los días 21 y 22 de abril de 1900.

Actualmente es Jefe de la Sección de Fisiología Experimental en el Instituto Biológico, Médico Externo del Hospital General y Profesor de Fisiología en la Escuela Nacional de Medicina.

El día 7 de junio de 1916 fué admitido para ocupar en la Academia un puesto en la Sección de Fisiología.

DR. ROSENDO AMOR E.

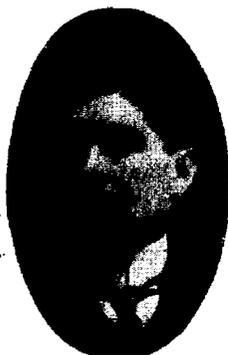
Recibido de Médico Cirujano en la Escuela Nacional de Medicina, ha sido Jefe y Profesor de Clínica Quirúrgica en la misma Facultad, y Cirujano de los hospitales Juárez y General.

El día 5 de julio de 1916 entró a ocupar un sillón de la Academia Nacional de Medicina en la Sección de Ginecología.



DR. FRANCISCO PAZ.

El Dr. Francisco Paz nació en la ciudad de México en el año de 1881; fué alumno de la Escuela Nacional Preparatoria, y en el año de 1908 recibió título de Médico Cirujano.



Con el grado de Mayor figuró en el escalafón del Cuerpo Médico Militar; desempeñó el cargo de Jefe de Clínica Interna en la Escuela Práctica Médico Militar; más tarde fué nombrado Jefe del Laboratorio de Microscopía y Química Clínicas en la Facultad de Medicina; y ha sido encargado del Gabinete Bacterioscópico de la Inspección de Sanidad, y Jefe de Bacteriología en el Consejo Superior de Salubridad.

El día 12 de julio de 1916 entró a ocupar en la Academia un puesto en la Sección de Bacteriología.

DR. DANIEL M. VÉLEZ.



El Dr. Daniel M. Vélez nació en la ciudad de México el día 7 de mayo de 1867, fué alumno de la Escuela Nacional Preparatoria, y sustentó examen general de Medicina, después de haber hecho los estudios respectivos en la Facultad de México, los días 2 y 3 de agosto de 1889.

Ha desempeñado los cargos de Preparador del Museo Anatomopatológico del Hospital de San Andrés; Ayudante del Preparador de Anatomía Descriptiva en la Escuela Nacional de Medicina y en la de Bellas Artes; Profesor suplente de Clínica Propedéutica y Profesor adjunto (por oposición) de Oftalmología en la Escuela Nacional de Medicina; es Secretario perpetuo de la Sociedad Oftalmológica Mexicana y redactor y fundador de los "Anales de Oftalmología".

Fué admitido para ocupar un sillón en la Sección de Oftalmología en la Academia de Medicina el día 15 de noviembre de 1916.

DR. DEMETRIO LÓPEZ.

Nació el Dr. Demetrio López el día 13 de noviembre de 1880 en la Villa de Tenango del Valle, del Estado de México, hizo sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria en los años de 1892 a 1896, y en los días 12 y 13 de junio de 1902 sustentó examen de médico después de haber hecho los estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina.

Ha desempeñado los cargos siguientes:

Ayudante del servicio de las inoculaciones preventivas de la rabia, en el Consejo Superior de Salubridad (septiembre de 1902); Jefe del Instituto Autirrábico del mismo Consejo (1904-1913); Ayudante de la Sección de Terapéutica Experimental en el Instituto Médico Nacional (1911-1915); Jefe de Clínica Interna en la Escuela Nacional de Medicina (1912); y Profesor de Anatomía y Fisiología Humanas e Higiene en la Escuela Nacional Preparatoria (1914).

Actualmente es Ayudante de la cátedra de Terapéutica en la Escuela Nacional de Medicina.

Fué socio de la Sociedad de Medicina Interna (1903), miembro de la *American Public Health Association* (1906), pertenece a la Sociedad Mexicana Sanitaria y Moral de Profilaxis de las Enfermedades Venéreas, y fué comisionado por el Consejo de Salubridad para concurrir al Congreso celebrado en Winnipeg, Manitoba, Canadá, por la *American Public Health Association*.

Fué Diputado al Congreso de la Unión en la XXVI legislatura (1912), y Presidente del Ayuntamiento de Mixcoac en 1911.

Se le admitió en la Academia de Medicina, para ocupar un sillón en la Sección de Farmacología y Farmacia, el día 22 de noviembre de 1916.



FARM. MIGUEL CORDERO.



El Profesor Miguel Cordero nació en la ciudad de México el día 1º de diciembre de 1869, fué alumno de la Escuela Ncional Preparatoria, hizo los estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina y sustentó examen general en los días 24 y 25 de febrero de 1892; también perteneció a la Escuela Práctica Militar, donde recibió el nombramiento de Farmacéutico del Ejército el 3 de marzo de 1892 con el grado de capitán segundo.

Ha desempeñado los cargos siguientes:

Inspector de Farmacias en la ciudad de Monterrey (septiembre de 1892); Capitán primero Farmacéutico (5 de julio de 1899); Mayor Farmacéutico (6 de julio de 1900); Administrador principal del Cuerpo Médico (24 de agosto de 1901); Químico Auxiliar en el Instituto Médico (25 de noviembre de 1901); Teniente Coronel del Cuerpo Médico (3 de octubre de 1903); Jefe del Laboratorio Clínico y Pericial del Ejército (22 de septiembre de 1906); Perito Químico del servicio Médico Legal (29 de mayo de 1909); Químico del Instituto Patológico (20 de agosto de 1909); Jefe de la Sección de Química en el Instituto Patológico (1º de julio de 1913); Coronel Farmacéutico Principal del Ejército (1º de enero de 1914); Cruz de Constancia por más de veinticinco años de servicios en el Cuerpo Médico Militar (14 de enero de 1914); Profesor de Farmacia en la Escuela N. de Medicina (13 de junio de 1914); Farmacéutico del Hospital General (7 de abril de 1915); Jefe de Sección del Instituto Médico Nacional (22 de abril de 1915); Jefe de la Sección de Química Industrial en el Instituto de Biología (1º de octubre de 1915); y Profesor de Química Legal en la Escuela N. de Medicina (13 de marzo de 1916).

Fué admitido en la Academia de Medicina, para ocupar un puesto en la Sección de Historia Natural Médica, el día 29 de noviembre de 1916.

E. LANDA.